



«Señor, ven, entra en mi corazón,
Tú que eres el Crucificado,
el muerto, el que ama, el veraz, el paciente, el humilde,
Tú que asumiste una vida larga y fatigosa en un rincón del mundo,
desconocido por los tuyos, poco amado por los amigos,
traicionado por ellos,
sometido a la ley, a merced de la política desde el primer momento,
refugiado cuando niño, hijo de un carpintero,
predicador que cosechó fracasos,
hombre que amó y no encontró correspondencia,
hombre sublime a quien no comprendieron los que le rodeaban,
abandonado y caído incluso en el abandono de Dios,
Tú que lo sacrificaste todo,
que te encomendaste en las manos de tu Padre,
que dijiste: "¿Padre, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".
Voy a recibirte a ti tal como eres,
quiero hacer de ti la más íntima ley de mi vida,
quiero hacer de ti el peso y la fuerza de mi vida.
Al recibirte a ti acepto mi vida diaria tal cual es.
No necesito contarte sublimes sentimientos de mi alma,
puedo extender ante ti mi vida diaria tal cual es,
porque la he recibido de ti mismo:
la vida diaria y su luz interna,
la vida diaria y su sentido,
la vida diaria y la fuerza para soportarla,
la normalidad, que se ha convertido
en el ocultamiento de tu vida eterna.»

KARL RAHNER, *Oraciones de vida*, Claretianas, Madrid, 1986, pág. 161.

Composición del R. P. Daniel Ramón Martín scj.



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Conocer, amar, vivir, anunciar a
Jesucristo con San Miguel Gari-
coits

Año IX 2005 - Nº 8

El valor de la vida cotidiana.

El trabajo y el descanso de Dios en la creación destacan el valor que la actividad humana en la tierra, es germen de la divina: Gén 1,27s. Al deber de gobernar la tierra se añade el de conservarla como un jardín: Gén 2,15. La relación entre el hombre y el universo se caracteriza por el hecho de que es él quien da el nombre a las criaturas, con lo que las sitúa en su mundo personal y en cierto modo entra en comunión con ellas. Esto se ve en el hecho de ponerles un nombre: Gén 2,19. Según esto, el trabajo -deber cotidiano del hombre- aparece como la actividad orientada a la transformación del mundo y de las relaciones humanas teniendo en cuenta el proyecto de la persona y del progreso de la comunidad según los planes de Dios.

El drama de la culpa introduce un desequilibrio en todas las relaciones, incluida la del hombre con la creación. El trabajo asume los aspectos de fatiga y precariedad que lo caracterizan en la historia y se convierte en objeto de un precepto que debe cumplirse como deber moral. Sin embargo, el Hijo de Dios encarnado hace suyo este trabajo, y de este modo da una dignidad nueva a las tareas y los días de los hombres. En comunión con el Señor, que trabajó con manos de hombre y amó con corazón de hombre, el cristiano reconoce en el trabajo la actividad con la que puede intervenir en la transformación de la realidad para conformarla al proyecto de Dios, en constante relación y diálogo con la colectividad humana. El trabajo como tal es un medio de afirmación y edificación de la persona y de la vida de la comunidad.

En el tiempo presente el trabajo supone fatiga, lucha, superación de la resistencia y, en el mundo de las relaciones interpersonales, posibilidad de dependencia y de explotación y riesgo permanente de alie-

nación. Efectivamente, la posibilidad de la persona para expresarse plenamente con su propio trabajo es prácticamente inexistente para un número enorme de seres humanos, quienes en las múltiples formas de trabajo dependiente, viéndose obligados a desempeñar tareas subalternas, a menudo meramente ejecutivas, desintegradoras y monótonas, se sienten y son objeto más que sujeto de su propio trabajo. El trabajo planificado sólo con vistas a la ganancia de unos pocos agrava el riesgo de alienación y produce situaciones de frustración éticamente



insostenibles. Aquí está la razón de que haya que añadir a la participación lo más activa y consciente posible de todos en la construcción de la casa común, la solidaridad con los más débiles y la atención a las exigencias de la calidad de vida para todos. La solidaridad que está en juego no es sólo la que une entre sí a todos los que viven el mismo tipo de actividad laborativa, sino también la que tiene que ver con todo hombre que trabaja en cualquier situación posible y la que convierte a trabajadores en su conjunto en protagonistas responsables del progreso de la calidad de vida para todos.

El cristiano sabe que está sirviendo a la causa de Dios en la causa del hombre mediante el esfuerzo de su trabajo y la solidaridad activa y consciente con la totalidad de la clase trabajadora, para poner en el centro de todo la dignidad de la persona humana. Humanizar el mundo es servir al Señor, que vino a él y en él actúa con vistas a la recapitulación final de todas las cosas en Dios. De este modo, el trabajo vivido con honradez y solidaridad responsable puede hacer avanzar a la persona en su realización más auténtica y abrir cada vez más los corazones al don del amor recibido del cielo. El trabajo que se ofrece a Dios en el esfuerzo de cada día puede convertirse en camino de una comunión cada vez más viva y profunda con Cristo, Redentor del hombre:

**«Cristo no tiene manos;
sólo tiene nuestras manos para hacer su trabajo hoy.
Cristo no tiene pies;
tiene sólo nuestros pies para guiar a los hombres hacia él.
Cristo no tiene labios;
tiene sólo nuestros labios para hablar a los hombres de hoy.
Nosotros somos la única Biblia
que todos los pueblos pueden seguir leyendo.**

Nosotros somos la última llamada de Dios escrita con palabras y obras»

(de una oración anónima del siglo XIV).

BRUNO FORTE, *Breve introducción a la vida cristiana*,
San Pablo, Madrid, 1996, págs. 95ss.

La palabra de nuestro Padre San Miguel

«Domine, quid me vis facere?» Señor, ¿qué quieres hacer de mí?

El alma así dispuesta, está preparada para sacrificar todo, no sólo la voz, mas aún, el menor deseo del Creador; por ahí llega a ser imagen perfecta del Señor, diciendo: «*Quae placita sunt ei facio semper*», «hago siempre el benéplácito del Padre» (Jn. 8. 29).

¡Cuántos motivos para estar siempre con esa disposición! En la muerte, habrá, pues, que ofrecerse a Dios sin reserva y para siempre. Pronto será. ¿Por qué no entrar en ese sentimiento de todo corazón ya desde la vida? El medio para tener esa disposición es penetrarse de ella desde hoy y perseverar en ella sin desfallecer. «*Domine, quid me vis face (Hch. 9~ 6)... Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu*» «Señor, ¿qué quieres hacer de mí? Enséñame a cumplir tu voluntad, porque Tú eres mi Dios» (Sal. 142, 10).

Hay que gritar, gritar siempre para obtener esta disposición. Debería salir, como con naturalidad, de la abundancia del corazón. Es raro a causa de nuestro egoísmo y de nuestra ceguera.

Como Dios lo quiere.

Todo el que se siente atraído hacia una obra, que con toda razón cree divina o que debe asociarse a ella, debe entregarse a esa obra como Dios lo quiere y, abstracción hecha de toda persona y toda cosa, es decir, por lo que es en sí, **sin demora, sin reserva, para siempre**, única o al menos principalmente por respeto o por amor a la obra, guardándose bien de querer o imponer nada suyo. Fuera de eso, no veo más que decepción y ninguna seguridad

DE. 82.
